

Buenos días.

Estas palabras mías, en nombre de la familia de Marcelino, de mis hermanos (Jesús, Pablo y Teresa) y de mis primos (Poli y Beatriz), quieren ser en primer lugar de sincero agradecimiento a todos los presentes, por eso, por la simple presencia en el día de hoy en este acto sincero y sencillo de presentación de la página web de nuestro tío.

Pese a todo lo que pudiera tener de homenaje, y porque siempre fue talante suyo huir de todo acto o gesto de reconocimiento, por muy merecidos que los tenía todos, hemos querido enfocar únicamente este proyecto, porque así además lo vislumbró y lo soñó nuestro padre, como simple lanzamiento de un foro común, compartido y vivo con el que, de forma accesible a todos, se pueda divulgar de forma universal el legado espiritual de nuestro tío.

Efectivamente, nos enseñaron nuestros padres que el tío Marcelino era, y sería siempre, universal; no era nuestro ni de ellos, era de todos; es más, nos enseñaron que era, sobre todo, del camino, de los más pobres y desfavorecidos. Ciertamente, no fue para nosotros un tío presente en cuerpo, aunque sí cercano en corazón. Y así entendimos y vivimos siempre su figura. Sin duda ha sido ello el auspicio de lo que hoy simboliza para nosotros este momento: el salto y la trascendencia de nuestro tío, de su semblanza, y de su legado, a la historia y a la humanidad, a la que, sin duda, más que a nosotros, pertenece.

Asistimos sus sobrinos hoy, por desgracia, sin nuestros padres, los que mejor hubiesen podido dar razón de su figura y de su esencia. Vivieron los tres hermanos sus muy distintos caminos, profesándose el cariño recio y verdadero tan propio de esta tierra de Castilla, unidos en una hermandad de sangre poderosa, que quedó forjada intensamente desde su más remota infancia, con el sufrimiento de una madre bondadosa a la que siempre vivieron enferma, la abuela Lucía, y la fortaleza de un padre exigente, recto y trabajador, abnegado por sus hijos, titán en el campo y en la vida, el abuelo Poli.

En el discurrir posterior de sus vidas, fueron varios los momentos en que recibieron sus hermanos en casa a Marcelino. Era su hermana, Beatriz, quien, con frecuencia, remendaba los estragos periódicos que comportaba la dureza del camino a base de cuidados maternos y compañía fiel, revirtiendo el gran vaciado físico que le comportaba su camino de Dios. También pasó temporadas en Madrid en nuestra casa, sobre todo cuando le asaltó la enfermedad, al cobijo delicado de su hermano y de nuestra madre, siempre en el común designio de fortalecer, con absoluto respeto, las cada vez más desgastadas mimbres que le permitieran continuar su misión.

En estas temporadas, muchas lecciones nos dio que nosotros, como tercios discípulos, no aprendimos. No aprendimos a levantarnos al alba para rezar y encomendar nuestro día a Dios; es sin duda algo elevado que parece solo reservado a personas especiales. No aprendimos tampoco a vivir sin nada, a despegarnos de todo lo material; en los tiempos que corren eso parece una proeza inalcanzable. Pero nos dejó también ciertas enseñanzas, florecillas en el camino, que sí alcanzamos a entender y que han marcado sin duda la esencia de nuestra familia: el valor del estudio y de la formación; la admiración ante la generosidad del que, como decían nuestros padres, “pudiendo tenerlo todo, no tiene nada”; muchas cosas más, el valor que adquiere un regalo cuando sirve de regalo a los demás (cuantos jerseys mullidos y zapatos de piel no duraban en sus manos ni el mismo día de su cumpleaños).

Este espacio virtual que hoy inauguramos quiere ser lugar de encuentro, de intercambio de vivencias, abierto a todos.

Por último, es justo tener unas finales palabras de agradecimiento a nuestros amigos Tomás y José Vicente que comprendieron bien la voluntad de nuestro padre y que nos han llevado luego a nosotros de la mano, con generosidad, entusiasmo y desprendimiento, en esta apasionante y ardua labor de poner todo esto en marcha. Gracias a todos.